

Prólogo de la tercera edición

Sirvan hoy de prefacio las dos cartas que en seguida copiamos, posteriores a 1906, en que apareció la segunda edición, por cuanto ellas informarán al lector sobre el debate crítico de que fue objeto esta obra cuando por primera vez vio la luz pública en 1905.

«Barbada: 29 de enero de 1907

P. O. Box 182

Señor D. Tulio Febres Cordero

Mérida

Mi ilustre compatriota:

Acabo de recibir la generosa carta de Ud., fecha 7 de diciembre último, y no me extraña la disparidad entre la distancia y la fecha, porque el sobre trae sellos de Norfolk y James Town, y esto sucede con frecuencia.

Hace muchos años que soy devoto admirador de Ud. y cuando veo el desbarajuste a que los llamados modernistas han llevado la producción literaria de nuestra tierra, mi devoción se confunde con el agradecimiento, porque amo mi lengua y reconozco que Ud. es uno de los pocos escritores que toman plausible interés en mantener suspendido el prestigio de Venezuela en la conservación de la gloriosa lengua castellana. Como asiduo lector de cuanto Ud. escribe, conocía yo muchas de las altas dotes que le adornan; pero ni remotamente sospechaba que llevara Ud. la modestia hasta descen-

der a felicitar me y a ofrecer me palabras de generoso y noble estímulo, cuando tan pobres son mis merecimientos, si es que tengo algunos. Lleno de orgullo estaría yo ahora viendo colmada mi ambición con el aplauso de Ud; si no fuera que un sentimiento más discreto y en cierto modo más egoísta, me está deleitando el corazón: usted me ofrece su amistad, me llama amigo, y esta conquista de mi suerte no tiene precio.

Y como no quiero que ni por un solo día se quede nuestra naciente amistad en los términos de la etiqueta, cual si el valioso ofrecimiento de Ud. no fuese sino un exquisito rasgo de cortesía, empiezo desde hoy a charlar con Ud. ingenua, llana y francamente, en la seguridad de que mi charla tendrá benévola acogida por parte del amigo y maestro. Coincide la carta de Ud. con la publicación de unos articulejos míos en *La Religión*, de Caracas, coincide en fecha, he querido decir; y en el último de esos articulejos hay algo que le toca a Ud. muy de cerca. Si no los ha leído Ud., hágame la merced de solicitar el último, (*La Religión*, fecha 10 de enero) y coteje lo que allí lea referente a Ud. con lo que paso a decirle. (*)

Hace cosa de año y medio, el doctor Pedro J. Romero me envió, por encargo de *La Religión*, un ejemplar de D. Quijote en América, o sea la cuarta salida del ingenioso hidalgo de la Mancha, pidiéndome un juicio sobre este interesante libro. Leí la obra con sumo interés, saboreé las bellezas de exce-

(*) Los párrafos referentes, tomados de la conclusión de la serie de artículos titulados *Mi cuarto a espadas*, son los siguientes:

"Mas no debo poner punto final, sin llamar la atención del lector hacia lo único bueno que hay en el Ensayo (el de historia crítica de la literatura venezolana en el siglo XIX por el Dr. Gonzalo Picón Febres). Son unas páginas de incalculable trascendencia literaria, en que el autor del Ensayo puso todo su saber, desplegó alas aquilinas, sondeó profundidades inexploradas, y levantó un monumento que será impeccedero en la historia de las letras castellanas. Me refiero al estupendísimo paralelo jentre don Miguel de Cervantes Saavedra y don Tulio Pebres Cordero! jentre don Quijote, héroe inmortal de la Mancha, y el doctor Quix, héroe inmortal de San Isidro!

lente calidad que enriquecen su estilo, admiré una vez más el ingenio del escritor andino, y me negué a escribir lo que se me pedía. —“Si el autor fuera otro —le dije al doctor Romero— me sería fácil publicar mi opinión acerca de D. Quijote en América, pero Tulio Febres Cordero es uno de los escritores venezolanos que más respeto y simpatía me inspiran, por las altísimas prendas intelectuales de que viene haciendo gala, y como el libro ha sido generalmente bien recibido, en tanto que mi opinión le es muy adversa, no quiero ni debo salir ahora con una nota discordante. Lo mejor es callar y no dar a los modernistas corruptores de la lengua, el placer de leer algo, siquiera de obscura procedencia, contra la labor intelectual de un gallardo representante de la buena causa”.

Eso dije, y callé mi adversa opinión, aunque lamentando para mí solo mi propio silencio. ¡Qué lástima de libro! En él hay una novela criolla de las mejores que en Venezuela se han escrito y muy digna de ocupar honroso puesto en la bibliografía hispanoamericana; hay más, hay una obra urgentemente necesaria, cuya sana y saludable tendencia es medicina implorada no sólo en Venezuela, sino desde Méjico hasta Buenos Aires por muchos pueblos enfermos, obra de verdadera trascendencia social, intelectual y moral, capaz de conferir gloriosos títulos a quien la realice, y vasta celebridad a un momento de la historia.

Pero desgraciadamente esa obra nació más enferma que aquellos pueblos, postrada, enclavada en la irremediable parálisis de un propósito imposible, desafiando temerariamente los fallos consagrados, las conclusiones más incommovibles de la crítica universal, atrayendo sobre sí no ya la discusión que ilustra ni el anatema que en cierto modo magnifica, sino las sombras más

“¿No lo has leído, caro lector?”

“Léelo, te ruego, y pídele después al santo de tu devoción que interceda por nosotros para que el Señor nos libre de terremoto y de casos desastrados”

tristes del olvido. Tan gravemente enferma nació esa obra, que la crítica no puede hacer otra cosa para con ella que dejarla morir en el silencio.

Usted –y no podía ser de otro modo– sospechó este severo juicio del mundo, y puso empeño en justificarse; pero el remedio a que Ud. recurrió en el prólogo, agravó la dolencia, no porque haya podido echar mano de otro, que indudablemente no existe, sino porque confesó más explícitamente el –¿lo diré?–, el sacrílego intento de continuar la obra de Cervantes. Si el solo título: *D. Quijote en América* indispone luego el ánimo sin poderlo remediar; si el subtítulo: *la cuarta salida del ingenioso hidalgo de la Mancha*, no nos deja ya duda de que se trata de una vituperable profanación; si por más que hagamos nos sentimos incapaces de complacer al autor, aplazando nuestro fallo para después de leído todo el libro: ¡cuánto crece nuestro disgusto al ver, por el segundo párrafo del prólogo, que el *Quijote americano* pretende ser nada menos que el mismo de Cervantes en espíritu y en verdad!... con solo exteriores diferencias debidas a la diferencia de los tiempos!...

Leído ya todo el libro y viendo que no se trata de una simple travesura literaria, más o menos efímera, en que se satiriza a Cervantes con la burlesca parodia, y “al mejor libro del mundo” con grotescas caricaturas de *D. Quijote* y de *Sancho*; sino de un trabajo tan serio y tan sincero como lo requiere el noble y patriótico ideal de combatir males profundos de un pueblo y de una época, se nos hace casi imposible la explicación de nuestras ingratas impresiones.

La crítica dice que entre Cervantes y Hornero, en cuanto genios inimitables, no hay diferencia alguna. ¿Qué diría Ud., qué pensaría y sentiría, si alguno de nuestros mejores poetas compusiera otros veinticuatro cantos de la *Iliada*, nos asegurase que sus héroes son los mismos de Homero en espíritu y en verdad, y nos presentase a Aquiles cobarde y vestido de turista, a Héctor bellaco y en traje de torero, a Andrómaca desvergonzada y corriendo en bicicleta?... Le digo a Ud. que mis impresiones ante hecho tan inaudito, no son para expresarlas por esta mi torpe pluma, sobrecogida y muda de espanto;

pero sí puedo asegurarle que se parecen mucho a las que experimenté con la lectura del estrambótico paralelo escrito por el doctor don Gonzalo Picón Febres y publicado en las páginas 416, 417, 418, 419 y 420 del Ensayo de historia crítica.

Ahí tiene Ud. explicado el por qué de aquellos renglones, y precisado el verdadero blanco a que mi tiro se dirigía; he ahí también mi sincera opinión acerca de D. Quijote en América como obra de imitación. Bien puedo estar equivocado en mis apreciaciones, pero indudablemente he dicho aquí con toda lealtad lo que pienso y lo que siento en el particular. Ocultar a los ojos de Ud. ese sincero juicio mío, me parece pecar contra el respeto que debo al escritor y al amigo, y si desgraciadamente mis ideas adolecen de vulgarísima rudeza en la expresión, no es defecto nuevo en mí, pues jamás he podido aprender ese arte delicado que tanto admiro en los verdaderos escritores, y por el cual se nos hacen amables los pensamientos más amargos y las ideas más crueles.

Bien quisiera yo dar al público esta carta, para responder a ciertas malintencionadas interpretaciones, haciendo ver que para mí el libro de que tratamos, y considerado desde el punto de vista ya dicho, es una simple aberración, incapaz en absoluto de obscurecer los envidiables triunfos intelectuales alcanzados por el egregio escritor andino. Pero esta carta es contestación a una de Ud. y por eso no me creo autorizado para publicarla.

Reitero al maestro y amigo la expresión de mi gratitud, y le ruego no medir por el tamaño de mi rudo intelecto la profundidad de mi sincero afecto.

Su admirador, amigo y compatriota
P. Fortoul Hurtado».

«Mérida, Venezuela, 8 de marzo de 1907

Señor D. Pedro Fortoul Hurtado

Barbada

Muy distinguido amigo: Con grata sorpresa he leído su interesante carta de 29 de enero último, contestación a la mía de 7 de diciembre, en que sinceramente lo felicitaba por su chispeante y bien intencionado cuadro de costumbres modernísimas titulado *El día de la Borla*, que vi reproducido en el importante semanario *La Voz del Estado* de San Cristóbal, y lo excitaba a darse buena mano en proseguir, con tan brillantes armas, esa campaña de tanto beneficio para las letras patrias, aprovechando la propicia ocasión para ofrecerle una amistad de antiguo sentida y profesada, que V. ha acogido con amable y excesiva benevolencia, sentimientos que hoy le reitero con la misma ingenuidad.

Como V. no me conoce personalmente, sino por lo que escribo, y como no siempre corren parejos el estilo y el carácter personal, por más que se diga que el estilo es el hombre, barrunto que haya quedado V. en suspenso o divagando un poco sobre la impresión que haya podido causarme su carta, si de pena o de placer, en vista del juicio adverso que contiene sobre D. Quijote en América; y siento muy de veras que la distancia retarde el momento de sacarlo de esa divagación, si la tuviere, manifestándole que no solamente he leído con placer su gallarda carta, sino que tengo muy justo motivo para estarle agradecido por el ventajoso concepto que de mí se ha formado, y por el modo mismo, leal y paladino, de comunicarme su contraria opinión sobre la obra citada.

Ha de saber V. que, no obstante haber sido excitado por varios amigos a escribir en defensa de aquel libro, desde que aparecieron sucesivamente los juicios críticos de los distinguidos escritores Semprún, en *El Cojo Ilustrado* de Caracas, Max Grillo, en *El Correo Nacional* de Bogotá, y Picón Febres, en su historia crítica *La literatura venezolana en el siglo XIX*, no lo había hecho por varias causas, siendo la principal de ellas mi respeto a la libertad

de juzgar en el terreno literario, que tiene más entradas y salidas que la famosa Tebas; pero ya que V. me dirige epistolarmente una impugnación análoga, voy a exponerle algunas ideas, para que las considere y aprecie, según su leal saber y entender, sin adelantarme a creer que puedan persuadirlo, porque en estas materias tanto tengo yo de infalible como de cristiano el gran Turco.

Como la parte vituperable de la novela dicha, según su sentir, está sustancialmente en considerarla una profanación de la obra inmortal de Cervantes, por haber resucitado y puesto en acción a D. Quijote, a este particular debo ceñirme, confirmando aquí lo que ya dije en la Aclaración o prólogo de la segunda edición, que con esta carta le remito, pues por lo que deduzco, sólo conoce V. el de la primera.

No puedo creer, mi caro amigo, que la admiración y respeto debidos a Cervantes, se vean atropellados porque se pretenda aprovechar la clarísima antorcha que su genio encendió en el mundo, para llevarla a campos necesitados de esa luz benéfica; puesto que si este trabajo de aplicación concreta de la crítica cervantina resultare eficaz y provechoso, la gloria no sería ciertamente del que haya endilgado a D. Quijote por este o aquel camino en los tiempos modernos, sino del mismísimo Cervantes, que produjo un hijo capaz de realizar en su tiempo y en los venideros tan ventajosas empresas.

La obra de Cervantes tiene varias luminosísimas faces: tanto es la pintura admirable de una época y un libro encantador por su estilo y su lenguaje, como un gran cuadro de costumbres, permanente y universal, porque penetra a fondo en la condición humana, mostrándonos a lo vivo y con rara habilidad los altos y bajos de la vida, el continuo subir a la altura de las más hermosas ilusiones, y el continuo despeñarse por los barrancos de la dura realidad; pero por encima de estos méritos, está el mayor de todos, el haber sido el Quijote para el arte de la crítica lo que la pólvora para el arte militar, un nuevo elemento, una sustancia poderosa, que ora se queme en cañones y morteros, ora en trabucos y escopetas, y hasta en la simple carabina de Ambrosio, y bien pueda reventar como un trueno, bien como un triquitra-

que, siempre será la pólvora, y una arma de combate de que todos pueden hacer uso, sin que el poco o ningún acierto de los tiradores pueda tomarse como burla u ofensa hecha a su célebre inventor.

El Héroe de los Molinos de Viento está vivo y muy vivo, apostado en cada encrucijada del mundo; y no se le ofende ni profana, sino más bien se le rinde homenaje y se le da en la vena del gusto, llamándolo, como he hecho yo, cuando de él se necesita, para acabar con un gigantazo como este del extranjerismo pedantesco, que se nos ha metido de rondón en las Repúblicas hispanoamericanas.

Y no es esta una opinión *ad hoc*, para defenderme en el presente caso, sino doctrina establecida de antaño en los dominios de la crítica, porque la idea de aprovechar y continuar en este sentido la obra de Cervantes, si nueva en Hispano América, no lo es por cierto en Europa, pues ha sido llevada a cabo en España y en Francia por muchos escritores de nota y en diversas épocas. Ahora verá V. lo que dice a este respecto un literato español tan concienzudo y erudito en la materia como D. José M. Asensio, de la Real Academia de la Historia, inventor del vocablo cervantista, y autor de numerosos y profundos estudios históricos, bibliográficos y filosóficos sobre el Quijote, fruto de una consagración especial de cuarenta años, según lo dice su prologuista el Dr. Thebussen, estudios publicados en un libro con el título de Cervantes y sus Obras (Barcelona, F. Seix, Editor, 1902), obra que se recomienda sola por la serena y jugosa crítica que brilla en sus páginas.

“Tengo para mí –dice el docto crítico– que el mayor tributo que a un ingenio rinden los que le suceden, la prueba mejor que dar pueden de reconocer su superioridad, es la de imitar sus obras, aprovecharse de sus pensamientos, resucitar los personajes creados por su fantasía y tratar de continuar sus narraciones”. Y en un párrafo siguiente, que copio íntegro, explana más el parecer sobre el particular:

“Pero al hablar de los continuadores del Quijote, es necesario trazar una gran línea divisoria. Preciso es apartar y distinguir al que en vida del autor se apoderó de su pensamiento, escarneció sus hechos gloriosos y trató

de privarle de la ganancia que pudiera producirle su creación, de aquellos que después de su muerte han procurado seguir sus huellas, tomándolo por guía en su camino, por modelo digno de imitación. El primero cometió una mala acción, perpetró un robo; los últimos rinden homenaje al talento del gran inventor. Avellaneda fue un émulo, un envidioso ruin y artero; los demás continuadores forman en línea con toda la falanje apasionada y entusiasta, que se postra ante el manco de Lepanto”.

Tal es el juicio de uno de los que pudiéramos llamar sumos sacerdotes del culto cervantino, juicio que no aparece formulado así, de paso, sino como idea sustancial en un estudio expreso titulado *Los continuadores de El Ingenioso Hidalgo*.

Cabe citar aquí lo que dice otro literato español de mucho renombre y cervantista consumado, D. Miguel de Unamuno, en su *Vida de D. Quijote y Sancho*, libro que bien pudiera llamarse un comentario filosófico de la obra de Cervantes. Dice así: “¿Pero es que creéis que D. Quijote no ha de resucitar? Hay quien cree que no ha muerto, que el muerto, y bien muerto, es Cervantes que quiso matarle, y no D. Quijote. Hay quien cree que resucitó al tercer día, y que volverá a la tierra en carne mortal y a hacer de las suyas”. Y Unamuno no se ha escandalizado al leer el *Quijote* indiano, sino al contrario, pues me dice en la galante dedicatoria de un ejemplar de su citada obra, que le está dando buenos ratos y que ha de decir de él mucho bueno.

Tampoco se escandalizó Gil Fortoul, crítico tan sagaz como experimentado, ante esta resurrección del *Quijote*. Cuando leyó el libro, me escribió lo siguiente, entre otras frases de sincera aprobación: “Anduvo usted más acertado que Montalvo en los Capítulos que se le olvidaron a Cervantes (obra, en mi entender, de puro pasatiempo, y diletantismo arcaico). La idea iniciativa de usted es más original. Vivo placer me ha causado la resurrección del Caballero y su escudero, y mayor todavía verlos entrar a nuestra tierra en aventuras modernas o modernistas. Y el final es digno del principio”.

Y menos todavía se escandalizó Juan de Dios Méndez hijo, que días

antes había clamado por tal resurrección: “Recuerdo, me dice, que en un editorial que escribí para La Semana (creo que sobre las teorías de Nietzsche) terminé preguntando: ¿No habrá un Cide Hamete Benengeli para estos caballeros pensantes? ¡No sospechaba yo entonces que tan cerca lo tuviera!” Y a tanto llega el aplauso de este ilustrado escritor, que se lamenta de que la obra no tenga varios tomos.

Estoy perfectamente de acuerdo con V. en que el libro nació para morir, para ser enterrado tarde o temprano en la fosa del olvido, sin lamentaciones ni resposos, así como también en que nació enfermo, pero en lo que no estamos conformes es en el diagnóstico de la enfermedad que padece, la cual, según su dictamen es tan grave y manifiesta, que basta verlo por fuera, es decir, leerle el título, para exclamar resueltamente, sin más examen: ¡muerto tenemos!

Y si esto fuere así, como V. lo pinta con tanta exaltación y gentileza ¿cómo explicar entonces el hecho de que el libro haya sido generalmente bien recibido, según V. lo dice al doctor Romero? Hecho ciertamente indudable en Venezuela, donde ganó mayor notoriedad por el generoso y espontáneo aplauso que le dio el mismo Presidente de la República, general Cipriano Castro, y también en Colombia, únicos países donde han circulado las dos ediciones que de él se han hecho, pues no llegan a doce los ejemplares que el autor ha remitido a otras partes. ¿Ni cómo se explica tampoco que varios escritores, en distintos puntos de la República, y aun en la misma Colombia, de edad madura unos, y jóvenes otros, hayan elogiado el libro, *motu proprio*, en estudios críticos, más o menos formales, que la prensa ha publicado y reproducido?

Cómo explicarse racionalmente esta buena y general acogida de un libro que a primera vista, en su título y su prólogo, está anunciando un intento sacrílego, una vituperable profanación, un propósito imposible, un temerario desafío a las conclusiones de la crítica universal, tremendos cargos con que V. lo anatematiza?

No se explica, en realidad, sino atribuyéndolo a hechizo, a mágica tra-

vesura de alguna desconocida Urganda o algún sabio Alquife, que haya desfigurado el rostro al Quijote criollo, al grado de presentarlo a sus ojos con esa cara tan espantable, por ser cosa demasiado sabida la mano que tienen los encantadores y hechiceros en todo lo tocante a vida y hechos del celeberrimo Hidalgo.

No creo aplicable, por carecer de analogía, el chistoso ejemplo que V. idea de la ridícula parodia que se hiciese de la *Iliada*, pues ésta y el Quijote son obras de muy distinta naturaleza, aunque Homero y Cervantes sean iguales como genios; pero no es por esta sola razón la falta de analogía, sino por lo principal del asunto, por todo cuanto dejó dicho, porque ni en el objeto de la novela que nos ocupa, ni en su plan y desenvolvimiento, ni en los mínimos detalles de la narración puede descubrirse el pecaminoso intento de escarnecer los magníficos personajes de Cervantes, ni el de satirizar a éste con una ridícula y descabellada parodia de su gran libro, cosa a la verdad inconcebible. Lo que el autor hace allí es lisa y llanamente poner esos personajes, que son creaciones típicas inmortales, en condiciones de poder repetir ahora, por estos trigos de Hispano América, en pueblos enfermos, la prodigiosa curación que antaño hicieron, dándonos esa medicina de que V. habla, “implorada no sólo en Venezuela sino desde Méjico hasta Buenos Aires”. Y este propósito moral y patriótico más que literario, desempeñado como lo ha permitido mi corto ingenio, está allí tan de manifiesto que puede decirse que se desborda hasta por los márgenes del libro.

De Colombia puedo citarle tres ilustres literatos, a quienes dediqué sendos ejemplares de la novela en cuestión, y que tuvieron la extrema bondad de comunicarme sus impresiones en muy finas y amables cartas.

D. Rafael Pombo, que leyó la Aclaración sin conocer todavía el libro, confiesa con mucha gracia que el título lo asustó, porque temió que el autor calumniase al Ingenioso Hidalgo, pero que dicha Aclaración lo tranquilizó del todo desde luego; y me dice que leyó después “con sumo gusto, con humor de joven el anunciado capítulo reimpresso aquí, el 23, del gran Dr. Quix y su tigre electrizado”. La reimpresión a que se refiere, lo mismo que la de los dos

prólogos de la obra, se hizo en la Unidad de Bogotá, notable periódico dirigido por D. Daniel J. Reyes, en cuyo cuerpo de redactores figuraban Caro, Rivas Groot, Carrasquilla, Gómez Restrepo, León Gómez, Isaza y otros nombres de lo más granado de las letras colombianas. El juicio de tan respetable periódico fue sintético, y se lo copio aquí, porque habla sin espanto de la resurrección del Hidalgo: “D. Quijote en América nos ha parecido un libro interesante por su intención moral, por la originalidad de presentar redivivo a D. Quijote en América, y por la fluidez y galanura del estilo”.

D. José Manuel Marroquin es todavía más explícito, no obstante haberse dicho para sí, cuando llegó a sus oídos el título del libro: “¡en buena se ha metido el autor!” Inicia su autorizada opinión, del todo conforme a la índole y propósitos del libro, de este modo: “D. Quijote en América es obra escrita como para mí. Entre sus lectores no puede haber ninguno cuyas ideas estén tan acordes con las del autor como las mías”. Y termina con este párrafo: “Por fortuna, puedo asegurar que no es lo rancio de las ideas y de los gustos de un viejo de 79 años, lo que inspira los conceptos que dejo apuntados: muchas personas no viejas, a quienes puedo tener como imparciales, se han encantado leyendo el D. Quijote en América, y han tenido por justa y utilísima la condenación de las extravagancias que en él se ridiculizan”.

Doña Soledad Acosta de Samper, realza también la obra con su benévola acogida. “Es original en ideas y en estilo, me dice, y está llamada a ser admirada, no solamente en Venezuela, donde veo que ya ha tenido dos ediciones, sino en el resto de Hispano América y en España”.

Al hacer estas citas, tan honrosas para mí, no me mueve la vanidad, ni quiero con ello decir que estoy muy pagado de mi obra, ni que la creo invulnerable contra toda censura. Muy al contrario: me mueve el convencimiento de mi propia flaqueza, la necesidad de buscar la autoridad de que carezco en los que la tienen de sobra, para dar firmeza a mis pobres razonamientos. Cierto estoy de que los mismos literatos citados, así como muchos otros hombres versados en letras, que también me han favorecido privadamente con frases de aplauso y simpatía, no han querido con ello expresar-

me su completa aprobación del libro, y que si escribiesen con detenimiento un juicio sobre él, le harían muchos y justos reparos, porque hay tela donde cortar, pero sí me adelanto a creer que nunca me llegarían a excomulgar, literariamente hablando, como sacrílego ni como hereje, por más que se diga en el prólogo que el de América es el mismo Quijote de Cervantes en espíritu y en verdad. El hábito no hace al monje, y debajo de una mala capa suele haber un buen caballero.

Solicité y leí los párrafos insertos en *La Religión*, de Caracas, a que V. se refiere, que a la verdad no conocía. Estoy muy lejos de creer que Picón Febres haya tenido la intención de hacer un paralelo al establecer, como recurso de retórica, la antítesis o contraposición de los dos Quijotes en su juicio crítico ya citado, en el cual —dicho sea al paso— a pesar de los muchos defectos que le anota al criollo, salva sin embargo a su autor del cargo de profanación de la obra de Cervantes.

Mueve a risa, a risa monda y lironda, la sola idea de semejante paralelo ¡entre el libro de Miguel de Cervantes Saavedra y el de Tulio Febres Cordero!... Valiente argumento crítico! Tanto valdría como poner en balanza una bala de cañón y un granito de mostaza, sólo para darse el gusto de comprobar esta verdad de Perogrullo: ¡que pesa más la bala de cañón!...

Como la cosa ha venido a parar en broma, viene bien un cuentecillo, cuya moraleja servirá de elocuente epílogo a cuanto dejo escrito.

Es el caso que representaban varios estudiantes una comedia en un lugar de estas Indias españolas, allá por los tiempos de la guerra de la Independencia, comedia en que figuraba un rey. El alcalde del pueblo, que asistía al espectáculo, era un realista, intolerante y fanático, en extremo celoso de los fueros y prerrogativas reales. Como viera, pues, que al que hacía de rey le daban el título de Majestad y le rendían todos los homenajes que le correspondían, se levantó de súbito con la vara en alto, y se fue sobre el improvisado escenario, exclamando ciego de cólera:

—¡Alto ahí! No tolero que en mi presencia se hagan a un estudiante los honores que sólo se deben a mí Rey y Señor D. Fernando Séptimo!...

Y dicho se está que el celoso alcalde habría hecho las mismas que D. Quijote con los títeres de maese Pedro, si los estudiantes no hubieran puesto los pies en polvorosa, con harto sentimiento de los espectadores, todos realistas, pero no tanto como el alcalde.

Debo manifestarle que de ninguna manera habría visto con disgusto la publicación de su carta, que no por el hecho de tener tan enérgica impugnación, deja de ser muy honrosa para mí, por las inmerecidas frases de personal estima que V. me dedica, y por la conformidad de nuestras ideas y propósitos, que allí resalta, en el sentido de procurar la conservación de la lengua en toda su pureza, y combatir los males y extravagancias de un exagerado modernismo. En prueba de ello, pienso publicarla, para corresponder a sus buenos deseos, haciendo uso de la implícita autorización que contiene; y publicaré también ésta, para que sepan al menos los que vean brillar en sus diestras manos la lanza de oro con que acomete al Quijote criollo, que no ha quedado muerto de la lanzada, y conozcan la clase de armadura a que debe su salvación.

Justo y hasta caritativo es ponerle ya fin a esta carta, que por lo larga e insípida, es de aquellas que no pueden leerse sin haber hecho antes votos de humildad y paciencia; pero antes debo decirle para concluir, que cualquiera que sea mi suerte en este lance epistolar, como vencedor o como vencido (lo que no me toca decidir), siempre será para mí motivo de prez y justa satisfacción haber sido llamado a caballerosa liza por tan bizarro campeón, cuyas preciadas dotes intelectuales reconozco y admiro con toda sinceridad.

Su afmo. amigo y compatriota
Tulio Febres Cordero».

No resistimos al deseo de agregar algo mas relacionado con la critica y la réplica anteriores. En carta de 7 de agosto de 1907, don Daniel T. Reyes, a quien antes cito en mi contestación a Fortoul Hurtado, aplaude de un todo la anterior defensa del libro y me dice además:

“Para mayor satisfacción de Ud. debo decirle que el juicio favorable publicado en La Unidad, periódico que estuvo bajo mi dirección, es del eminente escritor Sr. D. Miguel Antonio Caro, quien me hizo conocer la obra de Ud. y me recomendó hacer las inserciones que Ud. anota. Me consta, además, que el citado amigo ha tenido la intención de escribirle y comunicarle sus impresiones, y que si no ha llegado a hacerlo, ello se debe a sus casi constantes novedades de la vista y a padecimientos de salud en su familia, causas que se oponen en mucho a su antes prodigiosa y fecunda actividad intelectual”.

Otro distinguido escritor colombiano, prematuramente malogrado, don Adolfo León Gómez, al hacer el juicio de la obra en su periódico Sur América, dice al comienzo: *“No se lee, sino se devora esta interesantísima novela escrita con galano y elegante estilo, correcta forma y agudo ingenio. Es una sátira finísima, chispeante y amena”.*

Y el talentoso Max Grillo, citado en mi carta como impugnador de la obra, a quien enviamos el folleto contentivo de nuestra defensa, nos escribió el 25 de mayo de 1907, comunicándonos hidalgamente la favorable impresión que le produjo dicha réplica. *“Cualquier otro escritor –nos dice– de menos serenidad y bondadoso corazón que U., habría sentido resquemor desagradable al leer lo que escribí en El Correo Nacional acerca de su libro D. Quijote en América. Estuve sin duda acre en el juicio que me permití hacer de su obra tan aplaudida por autoridades en la crítica: mas U., que es muy inteligente y sereno, comprendió que, si desacerté en mis opiniones, no puse mala fe en lo escrito. Me encuentro, pues, en el deber de dar a U. mi agradecimiento, porque no me conserva ninguna mala voluntad”.*

Pudiéramos agregar muchos otros juicios autorizados, por extremo favorables a la obra, posteriores a la preinserta defensa, escritos dentro y fuera de Venezuela, pero sería esto agotar la paciencia del lector, si ya no lo estuviere con lo que dejamos escrito, demasiado extenso para prólogo de un libro tan pequeño.

A pesar de opiniones tan explícitas y valiosas, no consideramos la obra exenta de reparos, desde luego que la crítica literaria, que halla agarradero aun en libros muy bien lustrados y pulidos, con doble motivo ha de hallarlo en los que, como el presente, carecen de ese lustre y pulimento; pero nos consuela la convicción de que por más tajos y reveses que pueda recibir nuestra obra, siempre quedará de ella algo indestructible, algo así como una tosca columna de piedra nativa, sosteniendo en alto la simpática bandera de un criollismo puro e intenso, salvadora enseña para los pueblos hispanoamericanos en la ruta de su prosperidad y cultura.

Mérida, 1930